

TEXTOS LITERARIOS: ¿DE DÓNDE VENIMOS? IDENTIDAD
ARGENTINA CONSTRUCCIÓN DESDE LA
LITERATURA NACIONAL DEL S. XIX.

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO. JOSÉ HERNÁNDEZ

□ ACTIVIDADES DE INTRODUCCIÓN A LA OBRA

1. Escuchamos las siguientes canciones inspiradas en Martín Fierro respondemos juntos las siguientes consignas:



GAUCHO POWER

El cuarteto de Nos

Este gaucho no se agacha
Con la frente en alto marcha
Y ante cualquier situación No
se rinde fácil, no.

En la adversidad se agranda
Y aunque no es de presumir
Sabe que lleva el coraje en sus andas
Así, si si si.

Y abraza su libertad
Porque la supo perder
Y la tierra que más ama Es
la tierra que lo vio nacer.

Cuando le toca sufrir
Su valor lo hace crecer Contagia
ese poder.

Todo el mundo sabe
Tengo el gaucho power
Con el vivo y lucho
Y lo llevo donde voy

Cuando no hay escape
Uso el gaucho power
No te acerques mucho
Si te toco, te lo doy.

Cuando siente que hay desprecio
En la mirada de algún necio
Él no le presta interés
Porque él sabe bien quién es.

La tradición enciende el fuego
Y no la ceniza gris
Y así su llama flamea en el tiempo
Así, si si si.

No le importa disimular
Su rudeza y su altivez
Cuando se arrodilla firme ante el amor de una
mujer
Y si alguien toca su honor su garra habla por él...
Contagia ese poder.

Todo el mundo sabe
Tengo el gaucho power
Con el vivo y lucho Y
lo llevo donde voy.

Cuando no hay escape
Uso el gaucho power
No te acerques mucho
Si te toco, te lo doy.

Hey, hey gaucho power Hey,
hey gaucho power.

Y en la noche me guía la cruz del sur.
Soy toro en mi rodeo y torazo en el ruedo ajeno
Y en la noche me guía la cruz del sur
Soy toro en mi rodeo y torazo en el ruedo ajeno
Soy toro en mi rodeo y torazo en el ruedo ajeno
(No me encandila, no me encandila)
No me encandila la luz mala
No me encandila, no me encandila, no me
encandila la luz mala.

Contagia ese poder, contagia ese poder
Todo el mundo sabe
Tengo el gaucho power
Con el vivo y lucho
Y lo llevo donde voy
Cuando no hay escape
Uso el gaucho power
No te acerques mucho
Si te toco te lo doy
Hey, hey gaucho power
Hey, hey gaucho power

EL REVELDE

La renga

Caminito al costado del mundo
Por ahí he de andar
Buscándome un rumbo
Ser socio de esta sociedad me puede matar

Soy el que nunca aprendió
Desde que nació
Cómo debe vivir el humano
Llegué tarde, el sistema ya estaba enchufado
Así funcionando
Siempre que haya reunión
Será mi opinión
La que en familia desate algún bardo
No puedo acotar, está siempre mal La vida que amo

Caminito al costado del mundo
Por ahí he de andar
Buscándome un rumbo
Ser socio de esta sociedad me puede matar

Y a mí me gusta el rock, el maldito rock
Siempre me lleva el diablo, no tengo religión
Quizá éste no era mi lugar
Pero tuve que nacer igual

No me convence ningún tipo de política
Ni el demócrata, ni el fascista
Porque me tocó ser así
Ni siquiera anarquista

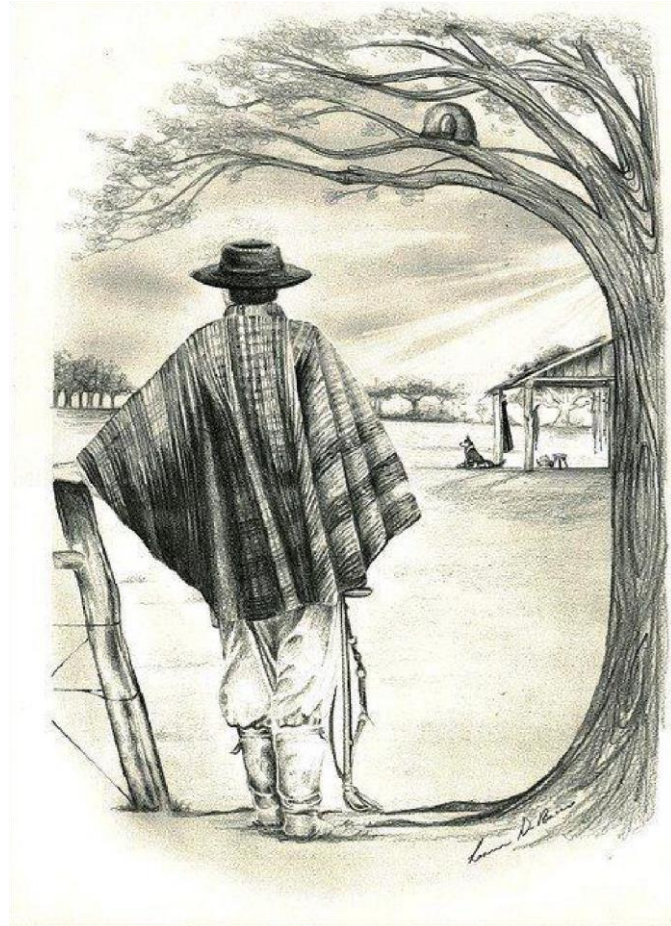
Caminito al costado del mundo
Por ahí he de andar
Buscándome un rumbo
Ser socio de esta sociedad me puede matar

Yo veo todo al revés, no veo como usted
Yo no veo justicia, sólo miseria y hambre
O será que soy yo que llevo la contra
Como estandarte

Perdónenme pero soy así soy, yo no sé por qué
Se que hay otros también
Es que alguien debía de serlo, que
prefiera la rebelión A vivir padeciendo

Ca- ca- caminito al costado del mundo
Por ahí he de andar
Buscándome un rumbo
Ser socio de esta sociedad me puede matar (Eah!)

Caminito al costado del mundo
Por ahí he de andar
Buscándome un rumbo
Ser socio de esta sociedad me puede matar.



- a- ¿Qué sentimientos transmiten ambas canciones?
- b- ¿Cómo son los protagonistas de cada texto? ¿qué actitudes tienen?
- c- Estas canciones fueron escritas inspiradas en el gaucho Martín Fierro, teniendo en cuenta lo charlado y analizado responde: ¿De qué crees que tratará la obra? ¿qué eventos crees narrará?

□ ACTIVIDADES PARA CONTEXTUALIZAR LA OBRA

- 1- Investiguen sobre la vida del autor y realicen una infografía con los datos más relevantes.
- 2- Lea el siguiente texto y responda a las consignas:
 - a. ¿Cuáles son las características que definen al gaucho?
 - b. Recordamos ¿En qué capítulo de “Facundo” Sarmiento habla de los gauchos? ¿Cómo los clasifica?
 - c. ¿Tenemos en la memoria colectiva e histórica algún nombre de un “soldado gaucho” que haya combatido en las luchas de la independencia? ¿Cuál será la razón?

¿Héroe o antihéroe?

El gaucho

"Gaucho" es la denominación común que recibió el habitante de carácter seminómada de los campos de la Argentina, Uruguay y la zona sur de Brasil entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XX. Normalmente se atribuye su origen a la descendencia mestiza de los habitantes nativos de América del Sur y los colonizadores españoles y portugueses que llegaron a estas tierras. Sin embargo, no alcanza con estos datos para comprender su carácter y, sobre todo, la **controversia** que suscitó durante el nacimiento de la identidad cultural argentina.

Mientras que muchos viajeros europeos al Río de la Plata, como Francis Bond Head o Charles Darwin, admiraron la tenacidad, la destreza y la libertad de la vida del gaucho, la mayoría de los pensadores locales lo consideraron un obstáculo para la organización nacional. Sarmiento, en "Vida de Facundo Quiroga", criticó duramente su carácter violento y su dedicación a tareas de subsistencia, como la cría del ganado, en lugar del cultivo del suelo. En su célebre formulación de "civilización o barbarie", Sarmiento encontró la raíz de la segunda en el tipo de vida que el gaucho llevaba, aislado de los demás e incapaz de desarrollar ningún arte o estudio. Mientras tanto, otros poetas nacionales, como Hilario Ascasubi, fueron fervientes defensores de su espíritu libre, su dignidad y su canto, que poco tenía que ver con la cultura letrada europea, sino que encontraba su fundamento en un **folclore** originado en las reuniones en pulperías y las guitarreadas de fogón.

El gaucho y la organización nacional

En la Argentina del siglo XIX, el gaucho se encontraba diseminado a lo largo de la anchura de la pampa, vivía en ranchos muy humildes construidos con barro y paja, y se dedicaba mayormente a la cría de ganado. Durante las invasiones inglesas y las guerras de independencia, las filas del ejército patriota se nutrieron de gauchos (enlistados voluntaria o forzosamente) que abandonaron los campos y combatieron a los enemigos de la Revolución de Mayo. Liderados por **caudillos**, como Güemes o Artigas, e incluso por militares de formación europea, como San Martín, su conocimiento del territorio, su arrojo y su dominio del facón los convirtieron en piezas fundamentales para sellar la victoria frente al ejército realista de España.

A pesar de esto, cuando las luchas por la independencia terminaron, el gaucho fue marginado del proyecto de país. El Gobierno centralista de la ciudad de Buenos Aires percibió a estas figuras como una **amenaza** al orden social que le convenía a la élite porteña, ya que formaban el brazo armado de los caudillos federales.

- 3- Lea el siguiente texto y realice un esquema integrador en el que incluya ordenadamente los datos presentados.

Datos para leer el *Martín Fierro*



Considerada la obra cumbre de la poesía gauchesca, el extenso poema *Martín Fierro*, de José Hernández, fue publicado en dos partes. La primera, titulada *El gaucho Martín Fierro* —conocida como “La ida”—, tiene 13 cantos y apareció en 1872 en forma de folleto con otros escritos políticos. Luego del éxito alcanzado por *El gaucho Martín Fierro*, la segunda parte, de 33 cantos, se publicó en 1879 con el título de *La vuelta de Martín Fierro*.

Las circunstancias políticas y sociales

Las transformaciones económicas producidas a mediados del siglo XIX como consecuencia de la modernización del país ocasionaron cambios en la situación de los gauchos. Las luchas por la independencia y el período de la anarquía habían quedado atrás y el gaucho no hallaba inserción posible en la nueva configuración. Era considerado un vago, útil solo como soldado en los fortines y en la lucha contra el indio. En “La ida”, Hernández se hace eco de esta situación, retomando la tendencia de la protesta social de la gauchesca: es central el tema de la injusticia que padecen los gauchos y

su denuncia marca el tono predominante del texto.

Esos versos, que contaban la historia de un gaucho perseguido injustamente por las autoridades, tuvieron un éxito notable y se hicieron populares. Su protagonista se transformó en un héroe. A raíz de la mala aplicación de la ley, los gauchos se identificaban con el destino de Martín Fierro, cuya historia adquiriría un valor colectivo.

La ley de leva y el gaucho matrero

El contexto histórico de la “La ida” se relaciona con un marco político que le daba sentido. La ley de leva implicaba el reclutamiento forzado del gaucho que no estuviera trabajando como peón en alguna estancia, para ir a la frontera a luchar contra el indio. Para justificar ese reclutamiento, se los acusaba de vagos o se los asociaba con delincuentes; eso los convertía en gauchos malos o matreros y, según la perspectiva oficial, quienes cuestionaban las arbitrariedades políticas y judiciales eran bandidos, rebeldes y debían ser perseguidos.

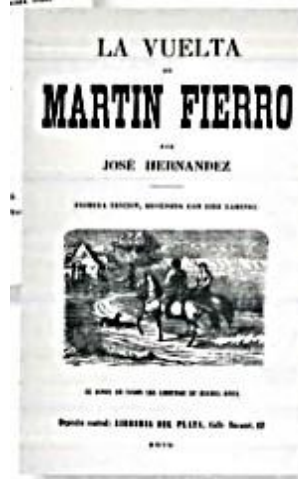
En muchas ocasiones, como también lo testimonia el *Martín Fierro*, el gaucho escapaba y se transformaba en un desertor perseguido por la policía. La primera parte del poema termina cuando Cruz y Fierro huyen y deciden irse a vivir con los indios.

Martín Fierro vuelve

La segunda parte de la obra, *La vuelta de Martín Fierro*, que Hernández escribe cuando las circunstancias históricas del país son otras, cierra el ciclo de la gauchesca.

Muchos gauchos han muerto en la lucha contra el indio y en otros enfrentamientos violentos; desde 1870 parte de la población rural se traslada a los suburbios de la ciudad de Buenos Aires. El ingreso de la Argentina al mundo capitalista, la campaña de Roca contra el indio y la ley de capitalización de Buenos Aires generan un personaje de distinto perfil: la rebeldía y la denuncia se atenúan para acentuar, en cambio, la posibilidad de reinserción social del gaucho y lograr su aceptación de la vida democrática. En *La vuelta*, Fierro regresa de las tolderías, se encuentra con sus hijos y con el hijo de Cruz, evita la lucha con el Moreno y da consejos sabios a sus hijos para que aprendan a vivir y trabajar en sociedad.

Datos para leer el *Martín Fierro*



Considerada la obra cumbre de la poesía gauchesca, el extenso poema *Martín Fierro*, de José Hernández, fue publicado en dos partes. La primera, titulada *El gaucho Martín Fierro* —conocida como “La ida”—, tiene 13 cantos y apareció en 1872 en forma de folleto con otros escritos políticos. Luego del éxito alcanzado por *El gaucho Martín Fierro*, la segunda parte, de 33 cantos, se publicó en 1879 con el título de *La vuelta de Martín Fierro*.

Las circunstancias políticas y sociales

Las transformaciones económicas producidas a mediados del siglo XIX como consecuencia de la modernización del país ocasionaron cambios en la situación de los gauchos. Las luchas por la independencia y el período de la anarquía habían quedado atrás y el gaucho no hallaba inserción posible en la nueva configuración. Era considerado un vago, útil solo como soldado en los fortines y en la lucha contra el indio. En “La ida”, Hernández se hace eco de esta situación, retomando la tendencia de la protesta social de la gauchesca: es central el tema de la injusticia que padecen los gauchos y

su denuncia marca el tono predominante del texto.

Esos versos, que contaban la historia de un gaucho perseguido injustamente por las autoridades, tuvieron un éxito notable y se hicieron populares. Su protagonista se transformó en un héroe. A raíz de la mala aplicación de la ley, los gauchos se identificaban con el destino de Martín Fierro, cuya historia adquiriría un valor colectivo.

La ley de leva y el gaucho matrero

El contexto histórico de la “La ida” se relaciona con un marco político que le daba sentido. La ley de leva implicaba el reclutamiento forzado del gaucho que no estuviera trabajando como peón en alguna estancia, para ir a la frontera a luchar contra el indio. Para justificar ese reclutamiento, se los acusaba de vagos o se los asociaba con delincuentes; eso los convertía en gauchos malos o matreros y, según la perspectiva oficial, quienes cuestionaban las arbitrariedades políticas y judiciales eran bandidos, rebeldes y debían ser perseguidos.

En muchas ocasiones, como también lo testimonia el *Martín Fierro*, el gaucho escapaba y se transformaba en un desertor perseguido por la policía. La primera parte del poema termina cuando Cruz y Fierro huyen y deciden irse a vivir con los indios.

Martín Fierro vuelve

La segunda parte de la obra, *La vuelta de Martín Fierro*, que Hernández escribe cuando las circunstancias históricas del país son otras, cierra el ciclo de la gauchesca.

Muchos gauchos han muerto en la lucha contra el indio y en otros enfrentamientos violentos; desde 1870 parte de la población rural se traslada a los suburbios de la ciudad de Buenos Aires. El ingreso de la Argentina al mundo capitalista, la campaña de Roca contra el indio y la ley de capitalización de Buenos Aires generan un personaje de distinto perfil: la rebeldía y la denuncia se atenúan para acentuar, en cambio, la posibilidad de reinserción social del gaucho y lograr su aceptación de la vida democrática. En *La vuelta*, Fierro regresa de las tolderías, se encuentra con sus hijos y con el hijo de Cruz, evita la lucha con el Moreno y da consejos sabios a sus hijos para que aprendan a vivir y trabajar en sociedad.

4- Lean el siguiente texto y realicen las actividades que aparecen a continuación.

¿Literatura gaucha o gauchesca?

Durante el siglo XIX, en las pulperías y en las fiestas, circula entre los gauchos una poesía oral anónima cantada con acompañamiento de guitarra, que tiene como destinatario a un público analfabeto. Estas composiciones colectivas retoman los temas de los romances y poemas épicos españoles, y agregan otros vinculados a las costumbres, sucesos y sentimientos del habitante rural.

Habitualmente, estas poesías eran recitadas o cantadas por dos payadores o gauchos cantores, que alternaban sus versos a modo de contrapunto.

A diferencia de esta **poesía gaucha**, la **gauchesca** es un producto de la cultura letrada. Es decir que la escriben intelectuales que intentan convocar a ese público analfabeto cuya participación es crucial en las luchas por la Independencia y, luego, entre las facciones políticas de nuestro país. Pero además, es escrita también –en clara oposición a la literatura culta europea que predominaba en la época– como el bosquejo de una literatura capaz de representar la identidad nacional. Para ello, adoptan el estilo y los temas de los payadores y reelaboran su lengua con fines estéticos.

En el género gauchesco la voz del que escribe se apropia de la del gaucho, de los tonos de desafío y lamento; así se produce una alianza entre ambas voces.

Para muchos críticos, la gauchesca nace como un arma de guerra contra el enemigo y evoluciona condicionada por los hechos políticos. Por ello, en los cambios que sufre el género a lo largo de sus distintas etapas, podemos leer momentos de la historia argentina.

Ciclo de la gauchesca			
Período	Poeta representativo	Obra	Temática
Luchas por la Independencia	Bartolomé Hidalgo	<i>Cielitos y diálogos patrióticos</i>	La revolución y la lucha por la Independencia.
Gobierno de Rosas	Hilario Ascasubi	<i>Trovas de Paulino Lucero</i>	Poesía combativa contra Rosas y Urquiza.
Presidencia de Mitre	Estanislao del Campo	<i>Fausto</i>	Distanciamiento entre la gauchesca y el contexto sociopolítico inmediato.
Campaña al desierto	José Hernández	<i>Martín Fierro</i>	Crítica social al modelo antifederal y denuncia de la situación del gaucho.

"La poesía gauchesca [...] Presupone un cantor gaucho, un cantor que, a diferencia de los payadores genuinos, maneja deliberadamente el lenguaje oral de los gauchos y aprovecha los rasgos diferenciales de este lenguaje, opuestos al urbano. Haber descubierto esta convención es el mérito capital de Bartolomé Hidalgo, un mérito que vivirá más que las estrofas redactadas por él y que hizo posible la obra ulterior de Ascasubi, de Estanislao del Campo y de Hernández".

Jorge Luis Borges.
"La poesía gauchesca".
En *Obras completas*.
Buenos Aires, Emecé,
1996. Fragmento.

ACTIVIDADES

1. En un cuadro comparativo, explicá las semejanzas y diferencias entre la poesía gaucha y la gauchesca.
2. Enumerá las causas que dan origen al género gauchesco.
3. En su *Historia de la Literatura Argentina* (1917), Ricardo Rojas afirma que los elementos distintivos de la gauchesca son: la presencia del gaucho, la pampa como escenario y la representación del habla rural. ¿Esta afirmación coincide total o parcialmente con lo que leíste en esta página? ¿Por qué?



□ ACTIVIDADES DE LECTURA

PRIMERA PARTE: "EL GAUCHO MARTÍN FIERRO"

- Lee los cantos I-VI y responde:
 1. ¿Con qué objetivos Fierro va a cantar su relato? ¿En qué estrofas lo establece?
 2. En el Canto 1 propone una serie de argumentos con los que justifica una situación personal y social. ¿De qué situación se trata y con qué argumentos la defiende?
 3. Describe cómo Martín Fierro retrata la vida en la pampa y la naturaleza. ¿Qué elementos de la vida rural se muestran y con qué finalidad?
 4. Relea en canto 3 y responde: ¿A dónde se llevaron a Martín Fierro?
 5. Examina las referencias a la justicia y la injusticia en el canto IV. ¿Cómo afectan estas a Martín Fierro y su entorno?
 6. Relea el canto V. ¿Cuáles eran las condiciones de vida en el fortín?
 7. ¿Qué sucede con la familia de Martín Fierro en el canto VI? ¿Cómo afecta esto su trayectoria, en qué se convierte?

- Lee los cantos VII-XI
 8. Describe la huida de Fierro tras su rebelión en el canto VII. ¿Qué sentimientos y desafíos enfrenta durante este proceso?
 9. ¿Con quién se enfrenta Martín Fierro en el canto VII? ¿Por qué pelean? ¿Qué simboliza esta lucha y qué revela sobre el carácter de Fierro?
 10. Explica la importancia del encuentro entre Martín Fierro y Cruz en el canto IX. ¿Qué motiva a Cruz a unirse a Fierro?
 11. Analiza la relación que se desarrolla entre Fierro y Cruz. ¿Cómo se apoyan mutuamente y qué objetivos comparten?
 12. Lee el siguiente texto sobre los recursos utilizados por el autor al construir la obra y luego responde a las consignas que aparecen al final.

Recursos y construcción del *Martín Fierro*

Si bien el poema de Hernández exhibe rasgos típicos del género gauchesco, ya constituido como tal, presenta al mismo tiempo características diferentes que marcan la particularidad de su construcción: el uso del monólogo y, por ende, la ausencia de diálogo, y la sextina hernandiana.

El monólogo y la polifonía

La convención de la pareja de paisanos que dialoga es sustituida por el relato de una voz en primera persona, que se constituye como narrador interno de la ficción; narrador y a su vez protagonista: los personajes relatan y comentan sus propias historias. Esto produce un mayor acercamiento a la verdad de las experiencias narradas y, al mismo tiempo, al incorporar varias voces (Fierro, Cruz, Picardía) logra un registro de diferentes perspectivas, procedimiento narrativo que se denomina **polifonía**.

El sujeto individual que se expresa en primera persona (básicamente, Fierro) se convierte en una voz colectiva que transmite las situaciones, las desventuras y las reflexiones del gaucho como personaje social.

Métrica, rima y recursos expresivos

La gauchesca se caracteriza por el empleo del verso octosílabo (de ocho sílabas métricas). Las formas estróficas habituales eran la redondilla (estrofa de cuatro versos de arte menor, es decir, versos de hasta ocho sílabas) o la décima (estrofa de diez versos).

Hernández crea una estrofa de seis versos octosílabos, que ha sido denominada **sextina hernandiana**; no es la única que emplea, pero predomina a lo largo del poema. Con respecto a la rima, en general es consonante y su esquema habitual, abbcbb.

Amigazo, pa sufrir	a
han nacido los varones.	b
Estas son las ocasiones	b
de mostrarse un hombre juerte,	c
hasta que venga la muerte	c
y lo agarre a coscorrones.	b

Algunos recursos utilizados en el texto son:

- Fórmulas o construcciones referidas a la situación comunicativa, que involucran al público receptor (que escucha o lee): *Atención pido al silencio / y silencio a la atención.*
- El humor y los juegos de palabras: *Al ver llegar la morena / que no hacía caso de naidas / le dije con la mamá: / Va... ca... yendo gente al baile.*
- Comparaciones: *mas nos llevan los rigores / como el pampero a la arena.*
- Metáforas: *Yo soy toro en mi rodeo / y torazo en rodeo ajeno.*
- Expresiones del habla gauchesca, muchas veces con valor metafórico: *y yo al hoyo lo mandé.*
- Refranes y sentencias de intención reflexiva o moralizante, en ocasiones al final de la estrofa a modo de cierre o conclusión: *que la tierra no da fruto / si no la riega el sudor; más cuesta aprender un vicio / que aprender a trabajar.*

ACTIVIDADES

1. Analicen la métrica y la rima de la siguiente estrofa:
Cruz y Fierro, de una estancia
una tropilla se arriaron;
por delante se la echaron,
como criollos entendidos,
y pronto sin ser sentidos
por la frontera cruzaron.
2. Lean los cantos VII y VIII de "La ida" y resuelvan las consignas que siguen.
 - a. Resuman el argumento y expliquen por qué razones Fierro pasa a ser un gaucho perseguido.
 - b. Busquen ejemplos de los recursos expresivos que se emplean en el texto.
 - c. Expliquen qué valor adquieren los recursos que seleccionaron en el cotexto en que se utilizan; qué significan, cuál es su sentido.

SEGUNDA PARTE: "LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO"

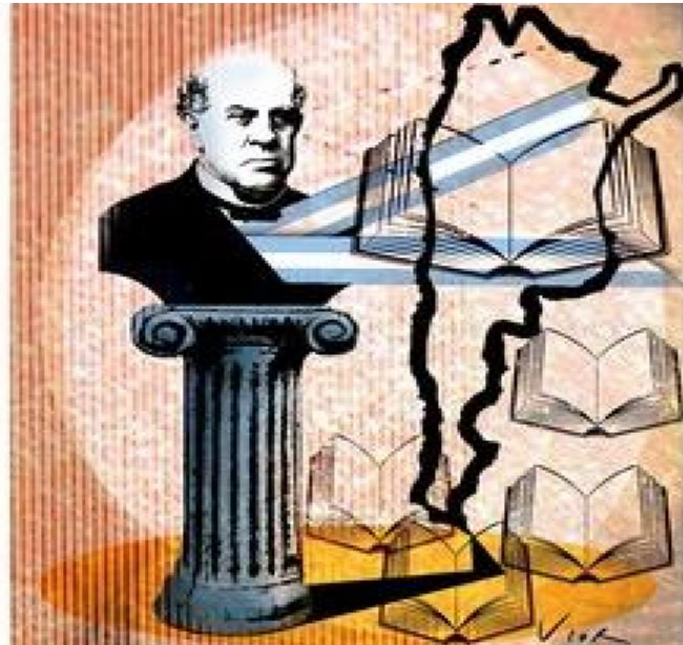
- Lee los cantos I-VI
- 1- Extrae citas textuales en las que Martín Fierro describe al indio pampa.
- 2- Extrae citas textuales en las que pongan de manifiesto la crueldad del indio con los cautivos.
- 3- Relata lo acontecido en el canto VI de la vuelta de Martín Fierro.
- Lee los cantos VII- XI
- 4- Resume lo acontecido en el encuentro con la cautiva.
- Lee los cantos XII- XIX

- 5- Examina el reencuentro de Martín Fierro con sus hijos. ¿Cómo es este encuentro y qué revela sobre la evolución del personaje?
 - 6- ¿Quién es el Viejo Vizcacha? Caracterízalo.
 - 7- ¿Quién es Picardía?
 - 8- Realizar un cuadro comparativo con los consejos del viejo Vizcacha y los consejos de Martín Fierro a sus hijos. Luego responde: ¿Qué tipo de enseñanza envuelven los consejos de cada uno? ¿Qué aspectos de la sabiduría popular se destacan?
- Lee los cantos XXX - XXXIII
- 9- Relee el canto XXX, ¿con quién se encuentra Martín Fierro? ¿Qué crees que simboliza ese encuentro? ¿Qué conflicto interno y externo se refleja en esta lucha?
 - 10- Escribe una reflexión sobre el mensaje final de Martín Fierro en los últimos cantos. ¿Qué conclusiones saca sobre la justicia, la libertad y su identidad como gaucho?
 - 11- Examina el legado que deja Martín Fierro a sus hijos y a la sociedad.
¿Cómo se perpetúa su historia y sus valores



“FACUNDO” O “CIVILIZACIÓN Y BARBARIE” DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

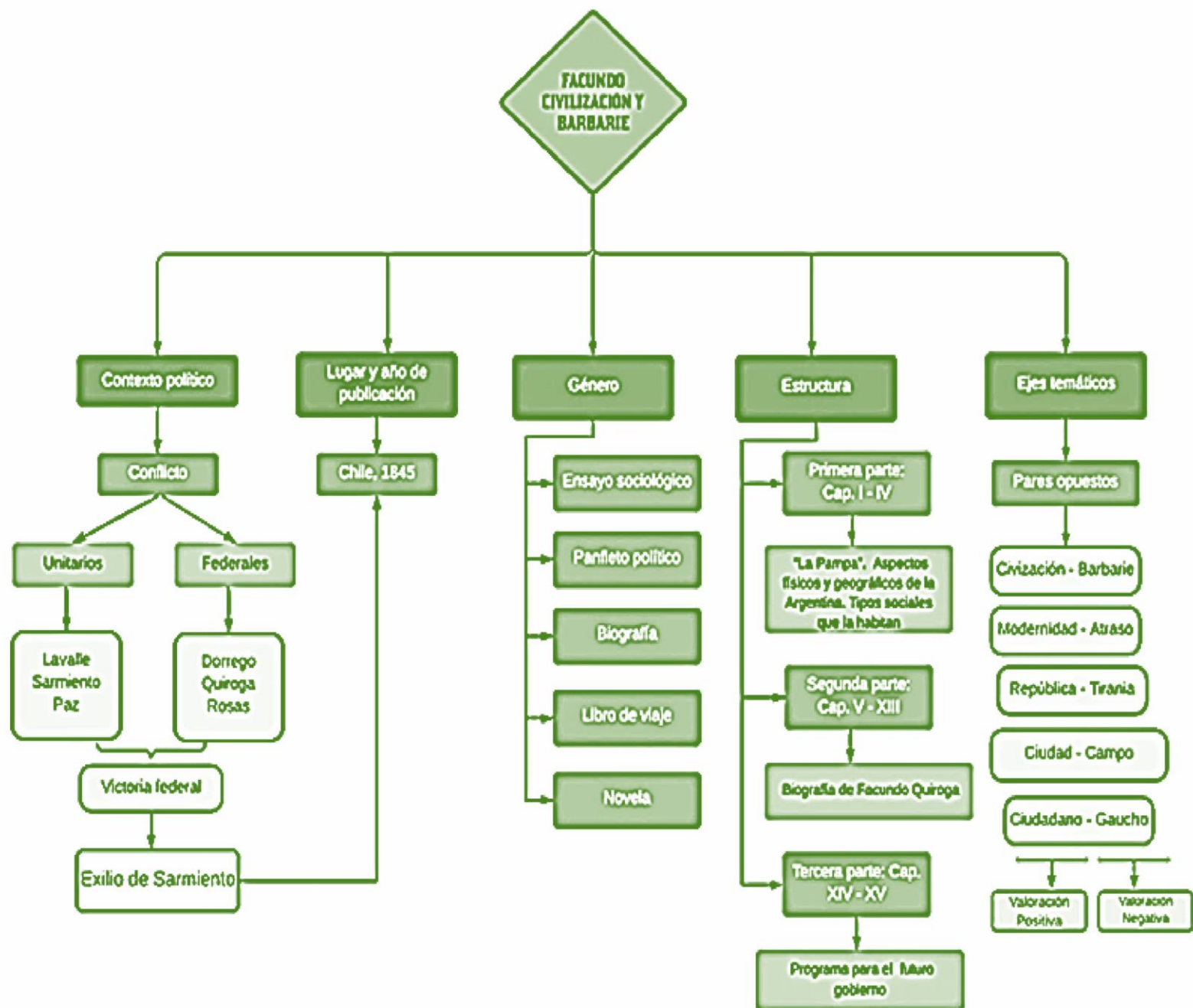
Vida del autor



D. F. SARMIENTO



Datos sobre la obra



FACUNDO

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(Selección de fragmentos)



Esta selección ha sido elaborada por Castro, Lautaro y Cortez, Agustina para la unidad didáctica “Facundo: El tigre de los llanos” con base en la obra completa de:

Sarmiento, Domingo Faustino (1845). *Facundo*. Ed. elaleph. 1999 (www.elaleph.com)

Advertencia del autor

Después de terminada la publicación de esta obra, he recibido de varios amigos rectificaciones de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente. Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce, o disienta en cuanto a algún nombre propio, una fecha, cambiados o puestos fuera de lugar.

Pero debo declarar que en los acontecimientos notables a que me refiero, y que sirven de base a las explicaciones que doy, hay una exactitud intachable, de que responderán los documentos públicos que sobre ellos existen.

Quizá haya un momento en que, desembarazado de las preocupaciones que han precipitado la redacción de esta obra, vuelva a refundirla en un plan nuevo, desnudándola de toda digresión accidental, y apoyándola en numerosos documentos oficiales, a que sólo hago ahora una ligera referencia.

A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras:

On ne tue point les idées.

El Gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción, «¡y bien!, dijeron, ¿qué significa esto?...».

Significaba, simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes. Los que conocen mi conducta en Chile saben si he cumplido aquella protesta.

1845.

Introducción

[...]

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: «¡No, no ha muerto!

¡Vive aún! ¡Él vendrá!» ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin. La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo, como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre, que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo. [...]

Capítulo 1: Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra.

[...]

La inmensa extensión de país que está en sus extremos es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiendo con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte, acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones.

[...]

«Los franceses son muy entrometidos, y comprometen a su nación con los demás gobiernos.» ¡Bendito sea Dios! M. Guizot, el historiador de la civilización europea, el que ha deslindado los elementos nuevos que modificaron la civilización romana y que ha penetrado en el enmarañado laberinto de la Edad Media, para mostrar cómo la nación francesa ha sido el crisol en que se ha estado elaborando, mezclando y refundiendo el espíritu moderno; M. Guizot, ministro del rey de Francia, da por toda solución a esta manifestación de simpatías profundas entre los franceses y los enemigos de Rosas: «¡Son muy entrometidos los franceses!» Los otros pueblos americanos, que, indiferentes e impasibles, miran esta lucha y estas alianzas de un partido argentino con todo elemento europeo que venga a prestarle su apoyo, exclaman a su vez llenos de indignación: «¡Estos argentinos son muy amigos de los europeos!» Y el tirano de la República Argentina se encarga oficiosamente de completarles la frase, añadiendo: «¡Traidores a la causa americana!» ¡Cierto!, dicen todos; ¡traidores!, ésta es la palabra. ¡Cierto!, decimos nosotros; ¡traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara! ¿No habéis oído la palabra salvaje, que anda revoloteando sobre nuestras cabezas?

[...]

La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tiene allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola, sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto, de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. Buenos Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilización y de intereses municipales; ya esto es un hecho notable.

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos; sus necesidades, peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aún hay más: el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén su lujo y sus modales corteses, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado allí, proscripto afuera, y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.

[...]

Capítulo 2: Originalidad y caracteres argentinos

El rastreador – El Baqueano – El Gaucho Malo – El Cantor

[...]

El rastreador

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil, conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío: ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo: «Aquí va -dijo luego- una mulita mora muy buena...; ésta es la tropa de don N. Zapata..., es de muy buena silla..., va ensillada..., ha pasado

ayer...» Este hombre venía de la Sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de árrea, y no un rastreador de profesión.

El *rastreador* es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama enseguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar, sino de tarde en tarde, el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente:

«¡Este es!» El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma: negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido, en una provincia, su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene, ahora, cerca de ochenta años: encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: «Ya no valgo nada; ahí están los niños.» Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después, Calíbar regresó, vio el rastro, ya borrado e inapercibible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra a una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor, después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fue encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuerdas enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba su sitio y volvía para atrás; Calíbar lo seguía sin perder la pista. Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba:

«¡Dónde te *mi as dir!*» Al fin llegó a una acequia de agua, en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas y dice: «Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican.» Entra en una viña: Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo:

«Adentro está.» La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. «No ha salido», fue la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dio el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fue

ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasión: todo estaba preparado, los auxiliares de fuera, prevenidos. En el momento de efectuarlo, uno dijo: «¿Y Calíbar?» «¡Cierto!» contestaron los otros, anonadados, aterrados. «¡Calíbar!» Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

El baqueano

Después del rastreador viene el *baqueano*, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baqueano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de mil leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla, monta en seguida, y les dice, para asegurarlos: «Estamos en dereceras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur»; y se dirige hacia el mundo que señala tranquilo, sin prisa de encontrarlo y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aún esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca y, después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce, por el gusto, el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia también la proximidad del enemigo, esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos y por su espesor cuenta la fuerza: «Son dos mil hombres» -dice-, «quinientos», «doscientos», y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más, una senda extraviada e ignorada, por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileros sin su auxilio; no la hubieran libertado, sin él, los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baqueano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy, con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer, destruido a pedazos, por una sorpresa hoy, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inapercibido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año de 1804: y haciendo la guerra a las autoridades, entonces, como contrabandista; a los contrabandistas, después, como empleado; al rey, en seguida, como patriota; a los patriotas, más tarde, como montonero; a los argentinos, como jefe brasilerero; a éstos, como general argentino; a Lavalleja, como Presidente; al Presidente Oribe, como jefe proscrito; a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baqueano.

El gaucho malo

Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo de Halcón*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámánle el *Gaucho Malo*, sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso: mora en la pampa, son su albergue los mardales, vive de perdices y *mulitas*; si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto y abandona lo demás a las aves mortecinas. De repente, se presenta el *gaucho malo* en un pago de donde la partida acaba de salir: conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee *de los vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el gaucho malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez, de improviso, entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo, para sustraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente

entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces, se presenta a la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito* y desaparece sin que nadie se aperciba de ello. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido y, desdeñando las maldiciones de los padres que le siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco no es, en el fondo, un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera es inofensivo para los viajeros. El gaucho malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador*: roba, es cierto; pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior: el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: «No hay actualmente caballo así.» ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta: unos las tienen en la frente, otros, una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria?

¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahúres sobre las deudas.

Viaja entonces a la campaña de Córdoba, a Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante: si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

El cantor

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El *gaucho cantor* es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El *cantor* anda de pago en pago, «de tapera en galpón», cantando sus héroes de la pampa, perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un *malón* reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El *cantor* está haciendo, candorosamente, el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta, con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo

que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno, dentro de las ciudades; el otro, en las campañas.

El *cantor* no tiene residencia fija: su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Dondequiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del *cantor*, a quien el grupo de caballos estacionados a la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el *cantor*, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos *desgracias* (¡muertes!) que tuvo y algún caballo o una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo, y con las piernas cruzadas, un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida, y las puñaladas que en su defensa dio, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo: tal era la altura de la barranca. El *cantor* oyó la grito sin turbarse; viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después, se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo, sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del *cantor* es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares: quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito y que descubren inspiración y sentimiento.

Aún podría añadir a estos tipos originales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentra el *rastreador*, el *baqueano*, el *gaucho malo* o el *cantor*. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras

argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres y su organización.

Capítulo 5: Vida de Juan Facundo Quiroga

[...]

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara, ella sola, al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a la larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia, a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarró de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo, sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo, que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera dar un salto, impotente; dio vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo, sin cesar, la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales: la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dio esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado* y ciego de furor, fue la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. «Entonces supe lo que era tener

miedo», decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

También a él le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología y la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen en las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y de algunos animales, a quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior; el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles: Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, un poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados, para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes, alguna vez, llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisin. El Caín que representaba la famosa Compañía Ravel me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

[...]

CAPÍTULO 13: ;;Barranca - Yaco!!!

*El fuego que por tanto tiempo abrasó la Albania,
se apagó ya. Se ha limpiado toda la sangre roja, y
las lágrimas de nuestros hijos han sido enjugadas.
Ahora nos atamos con el lazo de la federación y de
la amistad.*

COLDEN'S, History of six nations

El vencedor de la Ciudadela¹ ha empujado fuera de los confines de la República a los últimos sostenedores del sistema unitario². Las mechas de los cañones están apagadas y las pisadas de los caballos han dejado de turbar el silencio de la Pampa. Facundo ha vuelto a San Juan y desbandado su ejército, no sin devolver en efectos de Tucumán las sumas arrancadas

¹ El vencedor de Ciudadela es Facundo Quiroga.

² Se refiere al unitario Lamadrid, quien vencido en Ciudadela emigró a Bolivia y después a Chile.

por la violencia a los ciudadanos. ¿Qué queda por hacer? La paz es ahora la condición normal de la República, como lo había sido antes un estado perpetuo de oscilación y de guerra.

Las conquistas de Quiroga habían terminado por destruir todo sentimiento de independencia en las provincias, toda regularidad en la administración. El nombre de Facundo llenaba el vacío de las leyes; la libertad y el espíritu de ciudad habían dejado de existir, y los caudillos de provincias reasumiéndose en uno general, para una porción de la República. Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis reposaban, más bien que se movían, bajo la influencia de Quiroga. Lo diré todo de una vez: el federalismo había desaparecido con los unitarios, y la fusión unitaria más completa acababa de obrarse en el interior de la República, en la persona del vencedor. Así, pues, la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República, y que había ocasionado la lucha, venía realizándose desde el interior; a no ser que, para poner en duda este hecho, concibamos que puede existir federación de ciudades que han perdido toda espontaneidad y están a merced de un caudillo. Pero, no obstante, la decepción de las palabras usuales, los hechos son tan claros que ninguna duda dejan. Facundo habla en Tucumán, con desprecio, de la soñada federación; propone a sus amigos que se fijen para Presidente de la República en un provinciano; indica para candidato al Dr. D. José Santos Ortiz, ex gobernador de San Luis, su amigo y secretario: «No es gaucho bruto como yo; es doctor y hombre de bien -dice-. Sobre todo, el hombre que sabe hacer justicia a sus enemigos, merece toda confianza.»

Como se ve, en Facundo, después de haber derrotado a los unitarios y dispersado a los doctores, reaparece su primera idea antes de haber entrado en la lucha, su decisión por la Presidencia y su convencimiento de la necesidad de poner orden en los negocios de la República. Sin embargo, algunas dudas lo asaltan. «Ahora, general -le dice alguno-, la nación se constituirá bajo el sistema federal. No queda ni la sombra de los unitarios.» «¡Hum! -contesta meneando la cabeza-, todavía hay trapitos que machucar -Y con aire significativo añade-: Los amigos de abajo³ no quieren Constitución.» Estas palabras las vertía, ya, desde Tucumán. Cuando le llegaron comunicaciones de Buenos Aires y gacetas en que se registraban los ascensos concedidos a los oficiales generales que habían hecho la estéril campaña de Córdoba, Quiroga decía al general Huidobro: «Vea usted si han sido para mandarme dos títulos en blanco, para premiar a mis oficiales, después que nosotros lo hemos hecho todo. ¡Porteños habían de ser!» Sabe que López tiene en su poder su caballo moro sin mandárselo, y Quiroga se enfurece con la noticia. «¡Gaucho, ladrón de vacas! -exclama-. ¡Caro te va a costar el placer de montar en bueno!» Y como las amenazas y los denuestos continuasen, Huidobro y otros jefes se alarmaban de la indiscreción con que se vierte de una manera tan pública.

¿Cuál es el pensamiento secreto de Quiroga? ¿Qué ideas lo preocupan desde entonces? Él no es gobernador de ninguna provincia; no conserva ejército sobre las armas; tan sólo le quedaba un nombre reconocido y temido en ocho provincias⁴ y un armamento. A su paso por La Rioja ha dejado escondidos en los bosques todos los fusiles, sables, lanzas y tercerolas que ha recolectado en los ocho pueblos que ha recorrido; pasan de doce mil armas. Un parque de veintiséis piezas de artillería queda en la ciudad, con depósitos abundantes de municiones

³ Los amigos de abajo Buenos Aires, etc. De arriba Tucumán etc.

⁴ Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza.

y fornituras; dieciséis mil caballos escogidos van a pacer en la quebrada de Huaco, que es un inmenso valle cerrado por una estrecha garganta. La Rioja es, además de la cuna de su poder, el punto central de las provincias que están bajo su influencia. A la menor señal, el arsenal aquel proveerá de elementos de guerra a doce mil hombres. Y no se crea que lo de esconder los fusiles en los bosques es una ficción poética. Hasta el año 1841 se han estado desenterrando depósitos de fusiles, y créese todavía, aunque sin fundamento, que no se han exhumado todas las armas escondidas bajo de tierra entonces. [...]

[...]

El año 1833, Rosas se hallaba ocupado de su fantástica expedición⁵, y tenía su ejército obrando al sur de Buenos Aires, desde donde observaba al Gobierno de Balcarce. La provincia de Buenos Aires presentó poco después uno de los espectáculos más singulares. Me imagino lo que sucedería en la Tierra si un poderoso cometa se acercase a ella: al principio, el malestar general; después, rumores sordos, vagos; en seguida, las oscilaciones del globo atraído fuera de su órbita, hasta que, al fin, los sacudimientos convulsivos, el desplome de las montañas, el cataclismo, traerían el caos que precede a cada una de las creaciones sucesivas de que nuestro globo ha sido testigo.

Tal era la influencia que Rosas ejercía en 1834. El Gobierno de Buenos Aires se sentía cada vez más circunscrito en su acción, más embarazado en su marcha, más dependiente del Héroe del Desierto. Cada comunicación de éste era un reproche dirigido a su Gobierno, una cantidad exorbitante exigida por el ejército, alguna demanda inusitada; luego la campaña no obedecía a la ciudad, y era preciso poner a Rosas la queja de este desacato de sus adictos; más tarde, la desobediencia entraba en la ciudad misma; últimamente, hombres armados recorrían las calles, a caballo, disparando tiros que daban muerte a algunos transeúntes. Esta desorganización de la sociedad iba, de día en día, aumentándose como un cáncer y avanzando hasta el corazón, si bien podía discernirse el camino que traía desde la tienda de Rosas a la campaña; de la campaña, a un barrio de la ciudad; de allí, a cierta clase de hombres, los carniceros, que eran los principales instigadores. El Gobierno de Balcarce había sucumbido en 1833 al empuje de este desbordamiento de la campaña sobre la ciudad. El partido de Rosas trabajaba con ardor para abrir un largo y despejado camino al Héroe del Desierto, que se aproximaba a recibir la ovación merecida: el Gobierno; pero el partido federal de la ciudad burla, todavía, sus esfuerzos, y quiere hacer frente. La Junta de Representantes se reúne en medio del conflicto que trae la acefalía del Gobierno, y el general Viamonte, a su llamada, se presenta, con la prisa, en traje de casa y se atreve aun a hacerse cargo del Gobierno. Por un momento parece que el orden se restablece y la pobre ciudad respira; pero luego principia la misma agitación, los mismos manejos, los grupos de hombres que recorren las calles, que distribuyen latigazos a los paseantes. Es indecible el estado de alarma en que vivió un pueblo entero durante dos años, con este extraño y sistemático desquiciamiento. De repente, se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose, de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban a la mitad

⁵ Expedición del desierto que Sarmiento califica de "fantástica", en el sentido de que Rosas hizo de ella gran propaganda y fama, mientras que los resultados prácticos fueron muy endeble.

del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían..., que se divisaba un grupo..., que se había oído el tropel lejano de caballos.

Una de estas veces, marchaba Facundo Quiroga por una calle, seguido de un ayudante, y al ver a estos hombres con frac que corren por las veredas, a las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desdén sobre aquellos grupos y dice a su edecán: «¡Este pueblo se ha enloquecido!» Facundo había llegado a Buenos Aires poco después de la caída de Balcarce. «Otra cosa hubiera sucedido decía- si yo hubiese estado aquí.» «¿Y qué habría hecho, general? -le replicaba uno de los que escuchándole había-; S. E. no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires.» Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: «¡Mire usted! Habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado, le habría dicho: ¡Sígame!, y ese hombre me habría seguido! ...» Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vista, y por largo tiempo nadie se atrevió a despegar los labios. El general Viamonte renuncia, al fin, porque ve que no se puede gobernar, que hay una mano poderosa que detiene las ruedas de la administración. [...]

En estas transacciones se hallaba la ciudad de Buenos Aires y Rosas, cuando llega la noticia de un desavenimiento entre los gobiernos de Salta, Tucumán y Santiago del Estero que podía hacer estallar la guerra. Cinco años van corridos desde que los unitarios han desaparecido de la escena política, y dos desde que los federales de la ciudad, los lomos negros, han perdido toda influencia en el Gobierno; cuando más, tienen valor para exigir algunas condiciones que hagan tolerable la capitulación. Rosas, entretanto que la ciudad se rinde a discreción, con sus instituciones, sus garantías individuales, con sus responsabilidades impuestas al Gobierno, agita, fuera de Buenos Aires, otra máquina no menos complicada. Sus relaciones con López de Santa Fe son activas, y tiene además una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el Gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto, a su cabeza, a los Reinafé. Invítase a Facundo a ir a interponer su influencia, para apagar las chispas que se han levantado en el norte de la República; nadie sino él está llamado para desempeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y al subir a la galera dirige, en presencia de varios amigos, sus adioses a la ciudad. «Si salgo bien -dice, agitando la mano-, te volveré a ver; si no, ¡adiós para siempre!» ¿Qué siniestros pensamientos vienen a asomar en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector algo parecido a lo que manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla: se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos, y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir a las varas, al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara. Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación; camina todos los días

hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha, de nuevo, a las cuatro. Acompañanle el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega hace preguntar inmediatamente: «¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires?» «Hace una hora.» «¡Caballos sin pérdida de momento!», grita Quiroga. Y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación, parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días, la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe, la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestre de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: «¡Caballos! ¡Caballos!» Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer, quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: «Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás.» En el paso del Río Tercero acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombros.

Últimamente, llega a la ciudad de Córdoba a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque de Buenos Aires, a quien ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta, donde Facundo está aún en la galera, pidiendo caballos, que no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusión; suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el Gobierno se prepara a hospedarlos dignamente. «¡Caballos necesito!», es la breve respuesta que da Quiroga. «¡Caballos!», replica a cada nueva manifestación de interés o solicitud de parte de Reinafé, que se retira, al fin, humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores: los amigos del joven que ha venido, por casualidad, en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. y N. para encargarse de la ejecución, y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruida de los más mínimos detalles del crimen que el Gobierno intenta, y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles y regresa por Córdoba, a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados

de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo: aviso tras de aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. «¡A Córdoba!», grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje.

Antes de llegar a la posta del Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece. «Quiero hablar al doctor Ortiz.» Desciende éste, y sabe lo siguiente: «En las inmediaciones del lugar llamado Barranca- Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados y matar, en seguida, de postillones arriba; nadie debe escapar; ésta es la orden.» El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo; tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad.

Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. «No ha nacido todavía -le dice en voz enérgica- el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado.»

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan, maniatado, a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiada para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo, por fortuna, sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos; porque, si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y lo interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí, con su partida de treinta hombres, una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga, así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana también la cama no para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo ¿por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo; por no incurrir en la tacha de desleal. A medianoche, la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente: «¿Duerme, amigo?», le pregunta en voz baja. «¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible!» «¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío!» «Imagínese, señor, ¡cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿A quién mandaré?, ¡a hacerlo morir inocentemente!»

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo por salvar su vida y la del compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña, si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera y las cargue: a esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día, por fin, y la galera se pone en camino. Acompáñale, a más del postillón que va en el tiro, el niño aquel, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro, que va a caballo. Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella, con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace, por el momento, vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga «¿Qué significa esto?», recibe por toda contestación un balazo en un ojo que le deja muerto.

Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado ministro y manda, concluida la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres, con los caballos hechos pedazos, y el postillón, que con la cabeza abierta se mantiene aún a caballo. «¿Qué muchacho es éste?», pregunta, viendo al niño de posta, único que queda vivo. «Este es un sobrino mío -contesta el sargento de la partida-; yo respondo de él con mi vida.» Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro. Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez; después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas, o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño.

Si a la vacilante claridad de las estrellas se aventura a salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos, para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja al niño animando su caballo.

Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: ¡la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza! ¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras

permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas e intangibles de la Sierra, y por largo tiempo, el pago de Santa Catalina fue una republiqueta adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fue después perseguido por la justicia, y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca. Al principio, los Reinafé lo llamaron, y en la casa de Gobierno fue recibido amigablemente. Al salir de la entrevista, empezó a sentir una extraña descompostura de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien informado por él de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dio un elixir que le hizo arrojar, oportunamente, el arsénico que el licor disimulaba. Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanova, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadrón de que el comandante Casanova era jefe hacía el ejercicio al frente de su casa, Santos Pérez se desmonta en la puerta y le dice: «Aquí estoy; ¿qué quería decirme?» «¡Hombre! Santos Pérez, pase por acá; siéntese.» «¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?» El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto y osado interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda, le dice: «¡Estaba seguro de que quería agarrarme por traición! He venido para convencerme no más.» Cuando se dio orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido.

Al fin, una noche lo cogieron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenil. Había dado de golpes a la querida con quien dormía: ésta, sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaución, le toma las pistolas y el sable, sale a la calle y lo denuncia a una patrulla. Cuando despierta, rodeado de fusiles apuntados a su pecho, echa mano a las pistolas, y no encontrándolas: «Estoy rendido - dice con serenidad-. ¡Me han quitado las pistolas!» El día que lo entraron a Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de Gobierno. A su vista gritaba el populacho:

¡Muera Santos Pérez!, y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: «¡Tuviera aquí mi cuchillo!» Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: «¡Muera el tirano!»; y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca, como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban, de vez en cuando, en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El Gobierno de Buenos Aires dio un aparato solemne a la ejecución de los asesinos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo al examen del pueblo, y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuidos por millares, como también extractos del proceso, que se dio a luz en un volumen en folio. La Historia imparcial espera, todavía, datos y relaciones para señalar con su dedo al instigador de los asesinos...

Capítulo 15: Presente y Porvenir

[...]

Ahora no nos queda que hacer sino lo que él no ha hecho, y reparar lo que él ha destruido. Porque él, durante quince años, no ha tomado una medida administrativa para favorecer el comercio interior y la industria naciente de nuestras provincias; los pueblos se entregarán con ahínco a desenvolver sus medios de riqueza, sus vías de comunicación, y el Nuevo Gobierno se consagrará a restablecer los correos y asegurar los caminos que la Naturaleza tiene abiertos para toda la extensión de la República.

Porque en quince años no ha querido asegurar las fronteras del sur y del norte por medio de una línea de fuertes, porque este trabajo y este bien hecho a la República no le daba ventaja alguna contra sus enemigos, el Nuevo Gobierno situará al ejército permanente al sur y asegurará territorios para establecer colonias militares que, en cincuenta años, serán ciudades y provincias florecientes.

[...]

Porque él ha perseguido el nombre europeo, y hostilizado la inmigración de extranjeros, el Nuevo Gobierno establecerá grandes asociaciones para introducir población y distribuirla en territorios feraces a orillas de los inmensos ríos, y en veinte años sucederá lo que en Norteamérica ha sucedido en igual tiempo: que se han levantado, como por encanto, ciudades, provincias y Estados en los desiertos, en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes; porque la República Argentina se halla, hoy, en la situación del Senado romano, que, por un decreto, mandaba levantar de una vez quinientas ciudades, y las ciudades se levantaban a su voz.

[...]

Porque él ha destruido los colegios y quitado las rentas a las escuelas, el Nuevo Gobierno organizará la educación pública en toda la República, con rentas adecuadas y con Ministerio especial, como en Europa, como en Chile, Bolivia y todos los países civilizados; porque el saber es riqueza, y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro, como lo son los de la costa de África, o los salvajes de nuestras pampas.

Porque él ha perseguido de muerte a todos los hombres ilustrados, no admitiendo para gobernar sino su capricho, su locura y su sed de sangre, el Nuevo Gobierno se rodeará de todos los grandes hombres que posee la República, y que hoy andan desparramados por toda la tierra, y con el concurso de todas las luces de todos hará el bien de todos en general. La inteligencia, el talento y el saber serán llamados, de nuevo, a dirigir los destinos públicos, como en todos los países civilizados.

[...]

Porque él ha gritado durante quince años «Mueran los salvajes unitarios», haciendo creer que un Gobierno tiene derecho de matar a los que no piensen como él, marcando a toda una nación con un letrero y una cinta, para que se crea que el que lleva la marca piensa, como le mandan, a azotes, pensar, el Nuevo Gobierno respetará las opiniones diversas, porque las

opiniones no son hechos ni delitos, y porque Dios nos ha dado una razón que nos distingue de las bestias, libre para juzgar a nuestro libre arbitrio.

[...]

Tal es la obra que nos queda por realizar en la República Argentina. Puede ser que tantos bienes no se obtengan de pronto, y que después de una subversión tan radical como la que ha obrado Rosas cueste, todavía, un año o más de oscilaciones, el hacer entrar la sociedad en sus verdaderos quicios. Pero, con la caída de ese monstruo, entraremos, por lo menos, en el camino que conduce a porvenir tan bello, en lugar de que bajo su funesta impulsión nos alejamos, más y más cada día, y vamos a pasos agigantados retrocediendo a la barbarie, a la desmoralización y a la pobreza.

[...]

Pero el remedio no nos vendrá sólo del exterior. La Providencia ha querido que, al desenlazarse el drama sangriento de nuestra revolución, el partido tantas veces vencido, y un pueblo tan pisoteado, se hallen con las armas en la mano y en aptitud de hacer oír las quejas de las víctimas. La heroica provincia de Corrientes tiene, hoy, seis mil veteranos que a esta hora habrán entrado en campaña bajo las órdenes del vencedor de la Tablada, Oncativo y Caaguazú, el boleado, el manco Paz, como le llama Rosas. ¡Cuántas veces este furibundo, que tantos millares de víctimas ha sacrificado inútilmente, se habrá mordido y ensangrentado los labios de cólera al recordar que lo ha tenido preso diez años y no lo ha muerto, a ese mismo manco boleado que hoy se prepara a castigar sus crímenes! La Providencia habrá querido darle este suplicio de condenado, haciéndolo carcelero y guardián del que estaba destinado desde lo Alto, a vengar la República, la Humanidad y la Justicia.

¡Proteja Dios tus armas, honrado general Paz! ¡Si salvas la República, nunca hubo gloria como la tuya! ¡Si sucumbes, ninguna maldición te seguirá a la tumba! ¡Los pueblos se asociarán a tu causa o deplorarán, más tarde, su ceguera o su envilecimiento!”

Actividades de lectura de *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento

Prelectura

1. La obra que leeremos, en esta edición lleva el título de “Facundo”. Sin embargo, no siempre fue el mismo.

Podemos encontrarlo con distintos títulos que Sarmiento y las editoriales le fueron otorgando: “Vida de Juan Facundo Quiroga” “Facundo: civilización y barbarie en las pampas argentinas”,

“Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga”, “Facundo”. De acuerdo con esta información, ¿a qué cree que se refiere el autor con “Civilización y barbarie”?

2. Relea la “**Advertencia del autor**” y resuelva:

2.1. La advertencia fue escrita e incluida por el autor en 1845, varios meses después de la primera entrega de la obra. Sarmiento elige publicarla en algunos ejemplares y en otros no. Responda ¿Por qué la escribe? ¿Qué función cumple la advertencia? ¿Qué objetivos persigue Sarmiento al escribirla? ¿A quién va dirigida?

2.2. Observe la siguiente imagen que muestra el lugar donde Sarmiento escribió en francés “las ideas no se matan” en los baños de Zonda (San Juan) y responda: ¿qué cree que Sarmiento quiso decir con la frase? Tenga en cuenta la situación en la que lo escribe.



2.3. ¿Cómo se caracteriza a Chile en la “Advertencia del autor”?

Lectura

3. Relea el fragmento perteneciente a la **Introducción** de *Facundo* y resuelva:

3.1. El autor comienza la introducción con una invocación. Señale a quién se invoca (con color amarillo) y que es lo que se le pide (con color rojo).

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!

(Sarmiento, Facundo)

- 3.2. En la invocación escrita por Sarmiento podemos encontrar una influencia de la cultura clásica en la que se invoca a una divinidad para inspirar al poeta. ¿Qué lugar ocupa La sombra de Facundo para el autor? ¿Cuál es el tema que anticipa la invocación de “Facundo”?
 - 3.3. Teniendo en cuenta lo visto en las actividades de contexto responda: ¿Cuáles son “las convulsiones internas” que menciona la invocación? ¿A quién se refiere con “noble pueblo”?
 - 3.4. ¿Qué significa que “Facundo no ha muerto”? ¿En qué vive según Sarmiento?
 - 3.5. ¿Quién es el heredero de Facundo? Preste atención a los verbos “Convirtiósese”, “Cambióse” y responda ¿En qué transformó el heredero la esencia de Facundo?
 - 3.6. ¿Cómo caracteriza Sarmiento a Rosas y a Facundo?
4. Los capítulos de Facundo se organizan entorno a tres ejes temáticos. La **primera parte** abarca los primeros cuatro capítulos iniciales y aborda dos temas: por un lado “La Pampa” (los aspectos físicos y geográficos de la Argentina) y por otro lado “los tipos sociales que la habitan”. A continuación, relea el fragmento perteneciente al **Capítulo 1:**
- “Aspectos físicos de la Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”** y luego responda:
- 4.1. Sarmiento adhería a ideas del “Determinismo”, esta línea de pensamiento sostiene que el ambiente natural y la geografía crean modos de vida y determinan las características, capacidades y posibilidades de las personas. Relea el título y responda: ¿A qué se refiere Sarmiento con “Aspectos físicos de la Argentina”?
¿Quiénes poseen “caracteres, hábitos e ideas”? ¿Quién los “engendra”?
 - 4.2. Según Sarmiento, “*La inmensa extensión de país que está en sus extremos es enteramente despoblada*”. Compare las palabras del autor con el siguiente mapa y responda: ¿qué quiere decir “despoblada”? Según el mapa ¿Estaban despoblados los extremos verdaderamente? ¿Quiénes los habitaban? (norte y sur, en el mapa en color blanco).



- 4.3. Según Sarmiento, ¿cuál es el mal que aqueja a la Argentina? ¿Qué espacios geográficos forman la Argentina? ¿Qué adjetivos repite para describirlos?
- 4.4. ¿Quiénes son “los salvajes” para Sarmiento? ¿Cómo los caracteriza? ¿Qué quiere decir con “enjambre de hienas”? ¿Qué piensa usted de esta visión?
- 4.5. ¿Con qué nación europea identifica Sarmiento el espíritu moderno? ¿a qué causa se opone Sarmiento?
- 4.6. Sarmiento, desde su perspectiva progresista, plantea una serie de ideas socio-políticas que definen una manera de la ver el mundo. Las ideas en Sarmiento se oponen fuertemente, pero a la vez se complementan en distintos aspectos como si fuesen las dos caras de la misma moneda. La dicotomía más importante es “Civilización y barbarie”. De acuerdo con el pensamiento de Sarmiento, complete el cuadro con las siguientes palabras extraídas del texto estableciendo pares opuestos.

-Ciudad - hombre de campo - campo -provincias -Buenos Aires -hombre de ciudad -traje europeo - leyes -naturaleza salvaje -traje americano.

CIVILIZACIÓN	BARBARIE

5. Relea de forma completa los fragmentos del **Capítulo 2: “Originalidad y caracteres argentinos”** en el que Sarmiento realiza la clasificación de tipos sociales de la pampa: **El rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor.**

5.1. Complete el siguiente cuadro con una síntesis de las características de cada uno de los tipos sociales propuestos por Sarmiento.

Tipos sociales	Características de su personalidad	Lugares en los que se lo encuentra	Actividades que realiza
Rastreador			
Baqueano			

Gaicho malo			
Gaicho cantor			

5.2. Lea las siguientes expresiones del autor sobre los distintos tipos sociales y luego responda, ¿Qué tipos sociales cree que Sarmiento valora positivamente y a quiénes negativamente? Justifique su respuesta.

“El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el rastreador.”

“El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores.”

“El baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias.”

“El baqueano es un gaucho grave y reservado”

“Llámanle el Gaucho Malo, sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto.”

“Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco no es, en el fondo, un ser más depravado que los que habitan las poblaciones.”

“Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos desgracias (¡muertes!) que tuvo y algún caballo o una muchacha que robó.”

“[...]la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento.”

6. La **segunda parte** abarca desde el capítulo cinco hasta el capítulo trece. El eje temático de este bloque se centra en la biografía de Facundo Quiroga y las guerras civiles en Argentina. Sarmiento presenta el perfil del caudillo riojano enfatizando el carácter audaz y violento de su personalidad. Relea el fragmento propuesto del **Capítulo 5: “Vida de Juan Facundo Quiroga”** y luego resuelva las siguientes actividades.

- 6.1 Al comienzo, Sarmiento narra el encuentro de Facundo con un tigre. ¿Cómo reacciona Facundo al oír el bramido del tigre? ¿Qué era preciso hacer ante el gruñido del tigre?
- 6.2 Describa la reacción de Facundo y la decisión que toma para protegerse. ¿Qué hace el tigre? ¿Qué le dio esperanza de salvación a Facundo?
- 6.3 Escriba una secuencia de acciones que sintetice el episodio con el tigre.
- 6.4 ¿Por qué cree que el autor elige contar este episodio? ¿Qué aspectos de la personalidad de Facundo se reflejan en esta anécdota? ¿Cómo empiezan a llamar a Facundo?
- 6.5 Relea la descripción física que hace Sarmiento, teniendo en cuenta que su intención fue desprestigiar la barbarie representada en Facundo quien había muerto 10 años antes. Luego responda: ¿Qué características físicas de Facundo señala Sarmiento? ¿Cómo lo describe? ¿Qué cree que generó en los lectores de la época el detalle de esta descripción?

7. Relea el capítulo **13 titulado “Barranca Yaco”**

- 7.1 En la primera parte de este capítulo se presenta a Facundo Quiroga como un caudillo poderoso. ¿Qué hechos han construido ese poder?
- 7.2 Sarmiento usa una crítica irónica sostiene que “*el federalismo había desaparecido con los unitarios, y la fusión unitaria más completa acababa de obrarse en el interior de la República, en la persona del vencedor.*” ¿Qué quiere decir con esa ironía? ¿Qué sucedió con el federalismo una vez desaparecidos los unitarios?
- 7.3 ¿Cómo se auto-percibe Facundo? ¿Por qué siente que no puede presidir la República?
- 7.4 ¿Cuáles son las señales de que se empieza a quebrar la Federación? ¿Qué lugar ocuparía Facundo en este nuevo estado del país?
- 7.5 ¿Qué sucedía en Buenos Aires? ¿Dónde estaba Rosas?
- 7.6 ¿Por qué Rosas manda a llamar a Quiroga?
- 7.7 Realiza una lista con las acciones más importantes del relato de la emboscada a Facundo.
- 7.8 ¿Cómo actúa Facundo ante los sucesos conocidos por todos en Córdoba? ¿Qué dicen esas actitudes sobre su carácter?
- 7.9 En este relato se muestra una vez más la violencia y la crueldad de los federales. Elige un ejemplo del texto para graficarlo.
- 7.10 ¿Qué sucedió con el asesino de Facundo?

8. La **tercera parte** abarca los últimos dos capítulos finales, “Gobierno unitario” y “Presente y porvenir”. En ella Sarmiento desarrolla su programa para el futuro gobierno, profetizando la caída

del régimen rosista. Relea los fragmentos propuestos del **Capítulo 15: “Presente y Porvenir”** y luego resuelva:

- 8.1 Según Sarmiento, Rosas ha destruido lo que a él y a otros les toca reparar. De allí que propone un nuevo gobierno diferente al de Rosas. Tenga en cuenta la oposición que marca Sarmiento y realice una lista con las críticas que hace a las políticas del gobierno de Rosas y otra lista con las propuestas del nuevo gobierno.
- 8.2 ¿En quién está puesta la esperanza de la república según Sarmiento?
- 8.3 Escriba un breve párrafo en el que resuma el contenido de lo leído del capítulo 15 teniendo en cuenta la propuesta de gobierno sarmientino y el ataque a Rosas.